



GLORIA LEGISOS, "MISS CHILE".

(Foto: Víctor León).

El Viaje

Edición N.º 246 — Abril de 1954 — Precio: \$ 15,00

Aromas de vendimia

Por **LUIS DURAND**

El pálido sol del otoño ilumina con suave fulgor los viñedos, que ya han sido despojados de su dulce carga de uvas, doradas y renegridas, que las vendimiadoras, con manos ágiles, van lanzando a los panzudos canastos. Los zorzales, glotonos, hartos del delicioso manjar, se han encaramado sobre los álamos para hacer sonar su flauta de cristal y despedir la dulcedumbre en la tarde con sus claros arpeggios. Las muchachas de ojos luminosos y carrillos teñidos de auténtica rojez, también entonan alegres canciones, que surgen con rústico encanto desde sus gargantas afinadas por el gozo de vivir.

Los bueyes arrastran, con pezoneso tranco, las carretas cargadas de canastos repletos de uvas que van hacia la bodega, en donde los hombres, con los brazos desnudos, las alzan sobre la ancha tarasca de la máquina vendimiadora, entre cuyos engranajes, cae un torrente denso y obscuro de caldo espirituoso revuelto con el orujo, que lo hará fermentar dentro de los grandes fudres, hasta convertirse en el vino que un día mostrará su roja seducción en la mesa en que brillan las copas entre el hálito tibio de las viandas.

Hay un aroma estimulante alrededor de la viña y de la bodega. Grandes y apretados nubarrones de abejas se ciernen sobre las parras, como si no quisieran convencerse de que ya su alimento principal va a terminar. El pasto tiene un variado colorido maduro, y los jilgueros y los chirios, en graciosas bandadas verdedoradas, se alzan súbitos, como un armonioso aletazo del viento, cuando pasa un jinete al galope para apurar a los vendimiadores, que siguen cantando y cortando los grandes racimos, que aun se esconden bajo las hojas color bronce. El canto de las vendimiadoras se alza lejos y el viento le da una levedad de ensueño, un tono de despedida, un aire de fiesta que termina.

La vendimia sigue su curso y los anchos lagares continúan recibiendo su dulce y aromosa carga. En los pequeños predios no hay máquinas, sino zarandas, que se hicieron con verdes colihues del monte, en los cuales un día se enrolló la liana de las copihueras. Encaramados sobre una banqueta, los hombres refriegan los racimos, que exprimen generosos su jugo. Poco a poco la fermentación hará separarse el "borujo", como lo llaman los cam-

pesinos, hasta formar el "sombrero". Y entonces los mostos nuevos comienzan a cantar, a entonar su rumor misterioso, como si trajeran, desde lo más hondo de la entraña de la tierra, un mensaje de vitalidad, de pasión, de amor, de eternidad.

Los bueyes siguen acarreado la dorada o renegrida carga de uvas. Azotándose los flancos con la cerviz rendida, caminan lentamente. Los carreteros lanzan al pasar algún racimo de oro a los chiquillos ávidos, que lo devoran a mordiscos, sintiendo el gozo de que el jugo les corra por los brazos desnudos. Ya viene el crepúsculo, y las loicas, desde una rama donde se columpian, repiten su graciosa y breve tonadilla. Las muchachas, cuando la delgada sombra del atardecer se

ciernen sobre el campo, se dirigen con alegre desgano hacia las casas, en donde recibirán su ración de harina tostada. Llevan también en su pequeño balde unos racimos. Uvas con harina. Manjar delicioso. El otoño tiene por la tarde una tristeza de canción que se extingue a lo lejos. Relinchan en los cercos lejanos los potreros juguetones, que se estremellan temblando de briosa inquietud en los pretilles, con ánimo de derribarlos.

En la bodega comienza a hacerse más perceptible el rumor de los toneles. Es el vino que nace. Es el vino, que comienza a adquirir su fuerza, su dominio. Es el vino, que hará decir palabras apasionadas. El vino, que hará cantar. Que hará entonar, con gracia alegre, una canción de amor. El vino, que puede ser la perdición del hombre. El vino, el viejo vino, que cantara Omar Kheyyam.

Los vendimiadores despojan a las parras de su dulce carga





Los racimos pasan de la carreta a los depósitos, donde serán triturados